

CAPITULO XVII

Datos geográficos de Bayamo y su jurisdicción.—Situación de la ciudad.—El plan de Maceo.—Concentración de fuerzas insurrectas.—Intento de ataque á la plaza.—Esperando el ataque.—El comandante militar señor Vara de Rey.—Maceo suspende y modifica su plan.—El general Santocildes.—Marcha de la columna hacia Bayamo.—Situación del enemigo y posiciones que ocupaba.—Llegada de la columna á Barrancas.—Habil estratagema del general Martínez Campos.—El enemigo burlado.—Su retaguardia sorprendida.—Detalles del combate.—Cálculo problemático acerca de las bajas sufridas por lo rebeldes.—Ansiedad en Bayamo.—Heroísmo de nuestras tropas.—Episodios de la acción.—Cinco héroes.—Villanía de un *mambí*.—Maceo humanitario.



A jurisdicción de Bayamo es una de las treinta y tres en que se halla dividida la isla de Cuba.

Su terreno presenta tres aspectos distintos. Tiene una región montañosa, formada por la vertiente septentrional de la Sierra Maestra y los montes que se levantan á orillas de los ríos Cautillo, Guamá, Bayamo y Jicotea.

Esta región, á pesar de sus pintorescas perspectivas, sus hermosas quebradas y sus bosquecillos de caobas y acanas, no es muy poblada, siendo también, magüer sus excelentes pastos, poco productiva, á causa de abundar en pedregales.

La otra región, más llana, pero bastante accidentada también, está cruzada, más abajo, por los mismos ríos ya citados, cuyas aguas se confunden con frecuencia por la proximidad de sus cauces. Esta es la parte

más poblada y mejor cultivada de la jurisdicción, pues tiene algunas vegas preciosas con gran variedad de cultivo y mucho ganado.

La tercera región se extiende por la costa, junto al curso inferior del Cauto y sus afluentes. Este territorio es bajo, húmedo y muy pantanoso, y por lo tanto poco productivo, sin que no obstante, dejen de existir en él grandes bosques de árboles seculares.

Los partidos de Guisa, Horno y Valenzuela, situados al Sur de la jurisdicción, son muy montañosos. Junto á las faldas de Sierra Maestra, en el partido de Valenzuela, el aspecto del terreno es muy pintoresco por estar cortado por varios bosquecillos de yayas, de guairajes, de caoba y de açanas, con sus colinas tapizadas de grama y sus alegres riachuelos.

Las márgenes de todos los ríos son á propósito para el cultivo del tabaco, siendo de superior calidad el que se cría en los partidos de Buey y Jariguá.

En la jurisdicción existen varias ciénagas, siendo las mayores las de la derecha del Cauto y las de la izquierda del Buey y del Jicotea.

Toda la ribera del Cauto, en la parte que corresponde á esta jurisdicción y la confluencia de los ríos que en ella se juntan se convierten en lagunas profundas y extensas durante las grandes y muchas veces peligrosas avenidas del río, contándose algunas que dejaron fatales recuerdos entre sus pobladores, haciéndose toda la comarca poco menos que intransitable en la época de las grandes lluvias.

* * *

La ciudad de Bayamo, capital de la jurisdicción, se halla á 199 leguas al Este Sudeste de la Habana, 32 al Oeste de Santiago y 20 al Sur de Holguín.

Fué fundada por Velazquez á principios de la conquista de América, en 1513, después de la prisión y muerte del cacique Hatney, único de aquella región que opuso á los españoles una resistencia formal.

En 1539, se hizo residencia del Gobierno superior de la isla, por su ventajosa posición topográfica; más tarde trasladó también á ella su residencia el obispo de Santiago, y durante largo tiempo fué una de



UNA AVANZADA ENEMIGA ESPIANDO LOS MOVIMIENTOS DE LA COLUMNA

las poblaciones más ricas y florecientes de la isla, viéndose resguardada de los ataques de los piratas.

En el presente siglo se le concedió por el Gobierno el título de ciudad, y en la actualidad conserva aún algo de su antigua importancia agrícola y comercial.

Desde el día 7 de Junio, la plaza de Bayamo estaba casi desgarrada á causa de haber salido para Cauto 400 hombres conduciendo un convoy: sólo quedaron en la ciudad una sección de artillería con

una pieza de montaña, otra sección de ingenieros, una guerrilla con catorce caballos y unos 150 hombres de infantería y guardia civil; en junto no llegaban á 300 plazas, si bien podían agregarse, en caso de apuro, 100 enfermos en el Hospital militar, capaces aún de manejar un fusil, y unos 40 voluntarios.

Maceo sabía que la ciudad no tenía fuertes exteriores ni circuito de ninguna clase; que eran bastante débiles las defensas interiores, y que sin grandes pérdidas ni esfuerzos superiores podían batirse aisladamente porque la mayoría de ellas no se protegían entre sí.

Tenía, además, noticia exacta del número de combatientes que encerraba la plaza y de todos los recursos con que contaba y, comprendiendo la inmensa trascendencia del hecho y queriendo levantar el mérito é importancia de su causa, tan desprestigiada y decaída á la sazón, resolvió el ataque inmediato de la ciudad, empezando por interceptar el camino de Manzanillo, mientras hacía reconcentrar todas las fuerzas rebeldes que á su alcance tenía en la jurisdicción.

*
*
*

Maceo quería efectuar un atrevido golpe de mano atacando á Bayamo para apoderarse de la ciudad y proclamar en ella la República cubana y constituir el Gobierno provisional.

Con objeto de dar forma á su pensamiento y poner en ejecución su concebido plan, llamó á los cabecillas Tamayo, Periquito Perez, Quintin Banderas, Rabí, Salvador Ríos (el sucesor de Amador Guerra), Capote, Papo y otros varios jefes que operaban en el departamento Oriental (Santiago de Cuba) y reconcentró las fuerzas en el término municipal de Bayamo, reuniendo un contingente de 6,000 hombres entre infantería y caballería.

De esa concentración de fuerzas rebeldes en las inmediaciones de Bayamo, tuvo seguramente noticia el general en jefe, y sospechándose el plan y objeto á que obedecía, resolvió frustrarlo con su presencia, trasladándose inmediatamente á Manzanillo para dirigirse, sin perder tiempo, desde allí á Bayamo.

Al amanecer del día 12 de Julio, recibióse noticia del comandante militar de la plaza por confidencia reservada, pero de crédito indiscutible, que para aquella noche se había ordenado por Maceo el ataque simultáneo á la ciudad por todos los puntos débiles.

Aunque las disposiciones tomadas por el señor Vara de Rey, valiente y entendido comandante militar de Bayamo, fueron aceptadas y aprobadas por todos sus compañeros como las mejores, y aunque las escasas fuerzas de la guarnición, voluntarios y algunos paisanos, al tener conocimiento de los propósitos de los rebeldes, estaban animados del mayor espíritu para defender hasta el último trance la ciudad, la noche fué de inquietud, de intranquilidad y zozobra para todos, esperando arma al brazo y ojo avizor y oído atento, de un momento á otro, el anunciado ataque del enemigo.

Pero, con gran sorpresa de todos, pasó la noche sin sonar un solo tiro, ni divisar un *mambi*.

El ataque se había suspendido porque aquella misma mañana había sabido Maceo la salida del general Martínez Campos, de Manzanillo, con una escolta de trescientos hombres, en dirección á Bayamo.

Inmediatamente que tuvo aviso el *mayor general* mulato de la proximidad del caudillo del Zanjón, acompañado de tan reducida escolta, diríase seguramente para su capote:

—¡Martínez Campos hácia aquí con solo trescientos *gorriones!*
Esta es la mía.

Y antes de las doce del día rectificó su plan, diciéndose:

—Copemos primero al general, que luego nos será mucho más fá-

cil tomar á Bayamo; y si no, siempre valdrá ese golpe por cien Bayamos, lo menos.

* * *

Mas, así como Maceo tuvo confidente que le avisara la salida del general Campos de Manzanillo, no faltó quien comunicara también al general Santocildes, que se hallaba con su columna en Veguitas, la llegada de su jefe á dicha población y su resolución de emprender la marcha hácia Bayamo. El bizarro brigadier suspendió la operación que iba á emprender sobre Bueyecito, y esperó al general en Veguitas.

Al día siguiente emprendieron la marcha las dos columnas hácia Bayamo: la del general en jefe se componía de 300 hombres, y la del general de brigada de 1.200, que juntas pasaron el río Buey, y juntas llegaron á Barrancas.

Dei camino de Barrancas á Bayamo, parten otros dos caminos á la derecha, á corta distancia uno del otro, que convergen ambos al sitio denominado Solís. El primero de ellos, que se halla al salir de Barrancas, se llama camino de Solís, y el segundo es conocido por el camino de Barranca blanca.

En el primero, ó sea en el de Solís, se hallaba apostado el enemigo, ocupando sus fuerzas una extensión de cerca de una legua entre Barrancas y Solís. Todo este trayecto es de monte firme, y para que la caballería pudiera funcionar, practicaron á la derecha del camino y á una distancia conveniente, una trocha espaciosa en toda la extensión que ocupaban las fuerzas.

De dicha trocha partían, de trecho en trecho, unos callejoncitos, abiertos á machete, que terminaban en el camino, con objeto de que al

cruzar las tropas por frente á ellos, salir á caballo en vertiginosa carrera, atropellarlas y coparlas.

En otro lugar estratégico tenían preparados quinientos macheteros decididos, para que, al divisar á Martinez Campos, se precipitaran machete en mano sobre la fuerza que lo escoltara y se apoderasen de él, aunque les costara perder la mitad de la gente.

Dijose que Maceo había ofrecido *cinco mil pesos* y nombrar jefe al que hiciera prisionero al general en jefe de las tropas españolas.

* * *

Sabidas ya las posiciones que ocupaba el enemigo, y el lazo diabólico que habían tendido á nuestro ilustre general en jefe, veamos el modo ingenioso que éste puso en juego y de que se valió para eludir el golpe.

Llegaron las fuerzas que componían nuestra columna á Barrancas, y allí hicieron un pequeño alto. Ordenóse á la caballería que practicase un reconocimiento, y continuaron la marcha internándose por el camino de Solís, esto es, precisamente por el lugar en que se hallaban emboscados los insurrectos.

Pero, después de caminar un largo trecho por él y cuando se ha-



GENERAL GARCIA ALDAVE

llaba ya la columna muy cerca de las posiciones ocupadas por el enemigo, dobla de improviso por la izquierda y atravesando potreros y manigua vá á caer sobre los *mambises* en Peralejo.

Esta rápida é imprevista evolución de la columna fué su salvación y la burla más gráfica que pudo hacerse del plan tan diabólicamente concebido por el enemigo.

La idea del general Martínez Campos al tomar el camino de Solís para dirigirse á Bayamo y trasladarse de repente al de Barranca blanca, nadie lo ha sabido, pero fácilmente se deja adivinar.

No se le había de ocultar al ilustre y experto general de la pasada guerra, que el enemigo, astuto como es, había de tener espías destacados á larga distancia del sitio en que se hallaba emboscado, para que al divisar la columna le dieran aviso de su aproximación; y la idea de Martínez Campos al tomar el camino de Solís, fué sin duda hacerse ver de los espías para que estos avisasen á los insurrectos de que ya la tropa marchaba en dirección á donde ellos la esperaban, y confiados en que se aproximaba el momento de realizar sus planes, descuidasen la vigilancia.

El general Martínez Campos, burlando con su estratagemas al enemigo, avanza rápidamente con sus tropas por el camino de Barranca blanca, y cuando los insurrectos se percatan del movimiento de la columna, ésta llega á Solís y sorprende y ataca la retaguardia.

*
* * *

Muerto el bravo general Santocildes, toma el mando de las fuerzas y dirige la acción el mismo general en jefe. Entonces manda formar el cuadro, hace una pequeña y hábil evolución y consigue internar en el monte á aquella legión de fieras.

Pero pronto salen al claro numerosas falanges de ginetes gritando furiosos ¡al machete! ¡al machete! ¡viva Cuba libre! y atacando denodadamente el cuadro de las tropas y pareciendo disputarse los primeros puestos, arrójanse como fieras sobre nuestros soldados con ánimo decidido de saltar por encima de ellos y echar mano á su general.

Mas, nuestros bravos infantes, firmes y serenos en sus puestos, los dejan acercar, y á la voz de sus bizarros jefes y oficiales, los reciben con descargas cerradas que hacen horribles estragos en sus apretadas filas.

—«Veíanse caer—nos dijo en carta uno de aquellos héroes, testigo presencial y actor en aquel brillante y sangriento hecho de armas—
«como los mangos caen al suelo cuando se apalea una manguera.»

De pronto, los soldados advierten á sus oficiales y éstos á sus jefes que las municiones escasean y están próximas á agotarse. Uno de los ayudantes del general dá conocimiento á este del grave conflicto y Martinez Campos ordena, entonces, que se abran rápidamente las cajas que llevaban de repuesto y se repartan entre los soldados.

Terminada la operación, se inicia el movimiento de avance, que se efectúa con el mayor orden, sin haber siquiera un momento de vacilación, ocupando cada cual el puesto que le correspondía y llevando consigo los heridos y los cadáveres del malogrado general Santocildes y de su segundo ayudante don Tomás Sotomayor; y siempre avanzando, siempre adelante, recibiendo y rechazando á balazos y á la bayoneta las furiosas é incesantes embestidas del enemigo, llegó aquel puñado de valientes á la márgen del rio Mabay, poco antes de obscurer.

Allí hace alto la columna, y se traba de nuevo, á pié firme y cuerpo á cuerpo, reñida y sangrienta lucha, que duró hasta las siete de la noche.

En esa última etapa fué donde quedaron agotadas en absoluto las municiones, y cuando el bravo teniente coronel de voluntarios Lolo

Benítez ofrecióse al general para ir á buscarlas á Bayamo con diez de sus valientes guerrilleros.

* * *

Cuando la columna salió de Veguitas, cada soldado llevaba 110 cartuchos, que multiplicados por 1.500 hombres que componían el total de la fuerza, dan un producto de 165.000, y agregando á éstos 14.000 más de las catorce cajas que llevaban de repuesto, resulta un contingente de 179.000 cápsulas.

Todos sabemos que en una batalla se pierde una inmensa mayoría de balas sin causar bajas, pero séanos permitido aventurar que de cada 500 proyectiles se aprovecha solamente uno y causa daño. Pues bien, dividiendo los 179.000 cartuchos disparados por los soldados en la acción de Solís ó Peralejo, por 500 que representan una unidad, ó sea una baja, tendremos un cociente de 358 que serán las bajas que aproximadamente debieron tener los insurrectos.

Y teniendo presente, además, como dato importantísimo, que la mayoría de las descargas de nuestras fuerzas, fueron hechas á una distancia de unos diez metros, las bajas del enemigo debieron ser positivas y superiores á nuestro cálculo.

Respecto á ellas súpóse únicamente que como á los veinte y cinco minutos de haber principiado la acción, retiraron á los bohíos inmediatos gran número de heridos; y que á media tarde (sobre las tres y media horas) obligaron á varios vecinos pacíficos de aquellos contornos á retirar del campo del combate sus muertos, que ascendieron á 120, según aquellos refirieron.

Esto es todo cuánto se supo acerca de las bajas sufridas por los re-

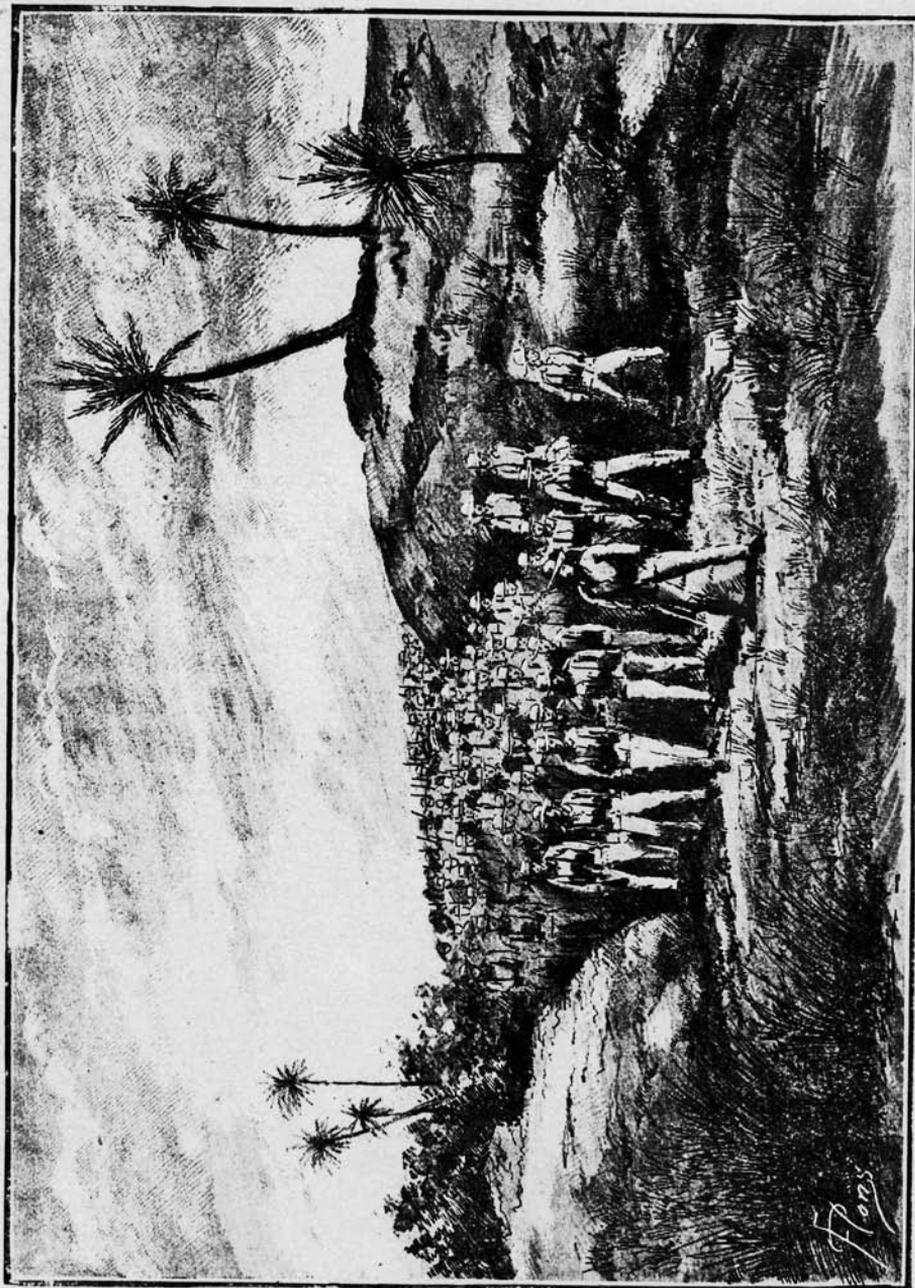
beldes en el combate de Peralejo, y por ello es aventurado y problemático cuánto se diga sobre un número determinado y concreto.

Una vez el enemigo dejó de hostilizar y se retiró abandonando el campo á aquella pequeña hueste de bravos, que habían atravesado por



POTRERO «SAN FRANCISCO»

entre la inmensa mayoría de las falanges separatistas reunidas y concentradas en el camino de Bayamo, triunfando de todos sus esfuerzos y ardides para apoderarse del general en jefe de nuestro ejército, procedieron nuestros valientes soldados á la triste y penible tarea de recoger los heridos y muertos, y colocarlos en camillas, acémilas y caballos, y emprendieron la marcha directa hácia Bayamo, á cuya ciudad llegaron sin nuevos contratiempos, obstáculos, ni incidentes, entre nueve y diez horas de la noche.



LLEGADA DE LAS TROPAS A BAYAMO DESPUÉS DEL COMBATE DE PERALEJO

* * *

En Bayamo aguardaban con ansiedad la aparición de la columna, y durante todo el día estuvieron intranquilos y suspensos de ella todos los ánimos, por los repetidos disparos de fusilería que se percibieron desde la plaza, lo cual hizo suponer á sus habitantes que algo grave ocurría y que probablemente habría tenido lugar algún encuentro con los insurrectos.

La noticia de la sangrienta acción librada entre las tropas y los rebeldes *mambises*, la tuvieron en Bayamo por el teniente coronel de voluntarios Lolo Benitez, que como hemos dicho y sabemos ya, llegó á la plaza pidiendo municiones para la columna, á la caída de la tarde.

Las pruebas de valor y los actos de heroísmo llevados á cabo por nuestros invictos soldados y sus bizarros jefes y oficiales durante las seis horas de horrible fuego sostenido contra las huestes separatistas, fueron tantas y en número tal, que no nos es posible enumerarlos ni detallarlos. Baste decir que cada soldado, cada oficial y cada uno de los jefes que tomaron parte en la memorable y sangrienta acción de Peralejo fué un héroe; un valiente que mereció bien de la patria por su arrojo y abnegación; un bravo que conquistó perdurable gratitud de la madre patria y la admiración de Europa, por su valor y serenidad ante el peligro.

Respecto al valor y pericia demostrados por su dignísimo general en jefe, señor Martinez Campos, la prueba más elocuente quedará demostrada en estas breves palabras; cuando las balas caían á su alrededor, como gotas de agua desprenden las nubes en un aguacero torrencial, el invicto caudillo se sonreía impasible, encendía su cigarro, y poníase á fumar tranquilamente.

Para formarse una idea de lo sangrienta y empeñada que fué la lucha, nos bastará consignar los siguientes detalles:

Salieron heridos en la contienda; el bizarro teniente coronel señor Vaquero, con una muñeca atravesada de un balazo, el bravo teniente coronel de voluntarios Lolo Benitez, el capitán de guerrillas señor Travesí, capitanes don Eusebio Tomás, que falleció á las pocas horas, y don Luis Robles, y primer teniente don Francisco Sanchez Ortega.

El médico del cuartel general don José Semprún, perdió en la acción dos caballos, corriendo él grave peligro; Lolo Benitez perdió uno; lo mismo sucedió al teniente señor Lara, y otros varios oficiales perdieron también sus cabalgaduras en la lucha.

*
* * *

El teniente don José Martinez Campos, ayudante é hijo del general en jefe, en uno de esos momentos supremos de toda batalla en que no es posible darse cuenta de lo que pasa, corría á escape en su caballo de un lado para otro comunicando órdenes de su jefe, cuando el fuego que le hacía un grupo de insurrectos obligóle á refugiarse en un montecito para defenderse del plomo enemigo. Al ir á penetrar en el sitio que escogiera para refugio, sale de improviso de entre unas matas de la manigua un *mambi* á quien acababan de matarle el caballo que montaba, y que al ver al teniente solo, en dirección hacia él, échase á la cara la tercerola con que iba armado, y apunta al oficial; pero ya éste habíale visto y observado su acción, y rápido como el rayo, sin darle tiempo á disparar, arrójase sobre él y le arrebató el arma y lo hace prisionero.

Al emprender las tropas, terminado el combate y retirado el enemigo, su marcha definitiva y directa hacia Bayamo, llevaron consigo

los caballos y acémilas que no habían muerto en la acción, y todos los heridos menos cinco que, habiéndolo sido á consecuencia de la misma descarga que privó de la vida al bravo general Santocildes, quedaron rezagados y extraviados del núcleo principal de nuestras fuerzas, á causa de la natural confusión que en aquel supremo momento se produjo entre nuestros soldados para atender y defender el cuerpo de su querido general.

Aquellos cinco valientes, heridos y abandonados, se arrastraron hasta apoyarse en un troncón, tras el cual se defendieron como españoles, de los ataques de sus numerosos enemigos, hasta gastar el último cartucho. Sólo entonces se entregaron aquellos valientes.

Hechos prisioneros y rendidas sus armas, de las que no podían ya valerse por faltarles fuerzas para manejarlas, á consecuencia de la sangre perdida, un infame negro tuvo la villanía de blandir el machete para rematarlos, llegando á herir levemente en el pescuezo á uno de aquellos desgraciados, después de robarle un peso plata... ¡Cobarde! No pudo proseguir su infame obra porque otros compañeros suyos, menos sanguinarios y más humanitarios, y, sin duda, más valientes que él, se lo impidieron, obligándole á respetar á quienes debían ser considerados como cosa sagrada.

Más tarde, el *general* Maceo mandó recogerlos y llevarlos á un bo-



CAPITAN SEÑOR MENDEZ

hío cercano, donde los visitó y saludó respetuosamente, alentándoles con palabras afectuosas y frases de encomio á su arrojo y bravura, y ordenando que los curaran y les proporcionasen alimentos y cuántos cuidados necesitaran y requiriese su estado.

¡Los valientes merecen siempre respeto y consideración hasta de sus mayores enemigos!

